

FARMACIA ENFURECIDA

GUILLERMO M. MELGAR



CONSULTE A SU FARMACÉUTICO

DAME EL ANTIBIÓTICO PARA LA GRIPE.

NIÑO, MÍRAME QUÉ TENGO EN LA HOJA ELECTRÓNICA ESA.

¿Y ESTO POR DÓNDE SE METE?

¿Y NO ME LO PUEDES DAR SIN RECETA?



¿PARA CUÁNDO ME SALEN LAS DE DORMIR?

FARMACIA ENFURECIDA

GUILLERMO M. MELGAR

**CONSULTE A SU
FARMACÉUTICO**

m̄

© Guillermo M. Melgar, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.mrediciones.com

Diseño de la cubierta: © Planeta Arte & Diseño
Ilustraciones del interior: © Shutterstock
Ilustración de la cubierta: © Miguel Bustos

Primera edición: septiembre de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ISBN: 978-84-270-5014-3
Depósito Legal: B. 13.095-2022
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.
Printed in Spain/Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

PONTE EN MI BATA	13
------------------------	----

EL MOSTRADOR

PROTAGONISTAS INVOLUNTARIOS	31
1. CELESTINA EN LA BOTICA	33
2. CUESTIÓN DE ORIFICIOS	35
3. LAS DEVOLUCIONES	38
4. DICCIONARIO FARMACÉUTICO-PACIENTE	40
5. EL ALUMNO DE PRÁCTICAS	43
6. EL CENTRO SOCIAL	48
7. FARIÑAZEPAM	51
8. LAS GUARDIAS	53
9. ¿CÓMO ES UNA GUARDIA?	59
10. <i>INFLUENCERS</i>	61
11. LA POLIVALENCIA	63
12. LA SOBREENESTIMACIÓN	65

13. LAS RECLAMACIONES	67
14. LOS ANTIBIÓTICOS	69
15. LOS BICHOS	72
16. LOS BULOS	74
17. LOS NIÑOS	77
18. LAS CUATRO ESTACIONES DEL BOTICARIO	80
19. LOS PROFILÁCTICOS	84
20. LOS REPRESENTANTES	87
21. LAS MUESTRAS	89
22. LOS REGALOS	92
23. LOS ROBOS	95
24. TRADUCIENDO RECETAS	98

EN LA REBOTICA

FARMACIA ES INDISPENSABLE	103
25. LA BOTICA	106
26. EL BOTIQUÍN	109
27. LAS CAJONERAS	112
28. EL LABORATORIO	114
29. EL PROSPECTO	116
30. LOS JARABES	118
31. LA BATA	121
32. LAS CAJAS	125
33. LAS «PASTILLAS»	128
34. LAS PLANTITAS	131
35. LAS RECETAS	134
36. LOS COLIRIOS	143
37. LOS MEDICAMENTOS	145

38. LA PLACA Y EL ARMA	150
39. LOS PEDIDOS	155

FUERA DE LA REBOTICA

CONOZCA A SU FARMACÉUTICO	165
40. LAS FIESTAS	167
41. LA NAVIDAD	170
42. LAS REDES SOCIALES	173
43. EL <i>MERCHANDISING</i>	176
44. TE MUERES	178
45. LAS PAREJAS	180
46. EL POSTUREO FARMACÉUTICO	184
47. TE REPRODUCES	186
48. SER FARMACÉUTICO ES UN PUNTAZO... AUNQUE A VECES SEA DE SUTURA	188
49. LOS VIAJES	191
50. EL WHATSAPP	194
51. LA BODA BOTICARIA	196
EPÍLOGO	198

Ponte en mi bata

Quiero pedir os que me permitáis ser vuestro guía turístico en las entrañas de una farmacia y en su homeostasis cotidiana. Me gustaría que me siguiérais como le sigue el «cada ocho horas» a cada paracetamol recetado o como cada «¿y no me lo podéis adelantar?» a cada «le sale mañana». Y no perdáis detalle: no volveréis a decir jamás:

—Cinco años de carrera para acabar colocando cajitas.

Antes de nada, no olvidéis poner os las gafas —no sé por qué, pero todos tenemos problemas de visión— y la bata de farmacéutico, a partir de aquí vosotros sois los protagonistas. ¿Preparados?

Tuerces la esquina de la calle y observas bajo la cruz —aún apagada— a los primeros pacientes impacientes ojeando y reojeando sus relojes como si eso fuera a acelerar el tiempo:

—Un poco de prisita, ¡que llevo tarde al trabajo!

—¡Que me voy al pueblo y necesito mis medicinas!

Lo primero al entrar —después de subir la trapa: importante acordarse de esto— es cambiar la guardia. Qué bien suena. *¡Cambiar la guardia!* Uno puede imaginarse a los farmacéuticos, cual guardia inglesa, desfilando firmes con el cúter afilado sobre el hombro... Pues siento quitarle épica al asunto, pero solo es cambiar un papel —que podéis ver en el escaparate— en el que se anuncia qué farmacias están abiertas todo el día. A veces se nos olvida este paso y mandamos a alguien a una farmacia que no es. Cosas que pasan.

Encendemos los ordenadores y abrimos el programa de la receta electrónica —si hoy le apetece trabajar—. Mientras se despiertan los ordenadores —esto puede durar entre unos minutos y varios días—, te pones el equipo táctico: bata, cúter y bolígrafo en el bolsillo, goma en la muñeca, sonrisa en la cara y paciencia en los cuatro costados.

Sales a atender a los primeros pacientes, que miran de reojo los móviles mientras se mueven inquietos. Los ordenadores ya están encendidos, ahora toca abrir el programa que, al contrario que el paciente que está esperando, no tiene ninguna prisa por trabajar. Te empiezas a poner nervioso tú por la espera del paciente, así que intentas entablar conversación para ganar tiempo:

—Estos chismes... No se puede fiar uno de ellos. Cualquiera día nos fallan y nos quedamos sin trabajar.

Te disculpas por la tardanza y despachas al siguiente, le haces un gesto al señor que espera en la entrada para que vaya pasando:

—¡Sí que tardan en encenderse los ordenadores estos!

—Es que están de lunes.

—Si te digo yo que estos chismes modernos... Con una calculadora ya hubiéramos acabado.

—¿Qué le pongo, Antonio?

—Un combinado, oiga: las del azúcar y las del estómago para mí y las de la tensión para mi señora, que no le queda ninguna ya —dice mientras te planta dos tarjetas sanitarias en el mostrador como quien juega al mus.

Cuando se disipa el primer grupo de pacientes, aprovechamos para ir haciendo cosillas: leer circulares y avisos —el subidón un lunes a primera hora—, papeleo pendiente... Esto dura unos cinco minutos, porque estamos tan tranquilos con nuestra agonía burocrática cuando se escucha:

—¿Habéis abierto ya?

Asomas el hocico y ves a un señor sonriente en la puerta.

—Hace un rato, oiga, pero pase, que aún nos quedan medicamentos.

Aquí se inaugura la franja horaria de «los recaderos». Estos son aquellos pacientes que aprovechan las mañanas para hacer recados, entre otros, hacer acopio de medicamentos. Algunos vienen a diario en una trayectoria constante: panadería-frutería-carnicería-farmacia. De hecho, si faltan, nos vamos llamando de un eslabón a otro:

—¿Es la carnicería? Mire, somos la farmacia. ¿Han visto a Tomás? Es que hoy no ha venido.

—Aquí tampoco, llamo a la frutería a ver si saben algo.

Esa rutina de recados solo es interrumpida cuando tienen visita al médico o cuando hacen una paradita en el bar.

A esos pacientes los conocemos mucho. Y cuando digo conocemos, me refiero a que conocemos su nombre, sus apellidos, a su familia y su DNI:

—¿Qué tal estamos, Antonio? ¿Cómo ha ido el fin de semana?

—Tirando... vengo a por la «merienda».

—¿Qué tal su nieto?

—Cualquier día se descalabra con la bicicleta.

Le preguntas mientras vas a la cajonera a por su «bocadillo». Entrás en la rebotica y percibes la presencia de otra persona: ha llegado tu compañera y ni te habías enterado.

—Vengo de sellar recetas, no veas qué cola.

—Pues como la que tenemos aquí: ponte la bata y a darle, que Mari Carmen va con prisa.

Así que os ponéis a atender, mano a mano, cúter a cúter:

—¿Y cuáles quiere? ¿Y esta al final no?

—Oiga, para esto necesito receta...

Entre medias se cuele en la farmacia, saltándose la cola, oculto tras un montón de cajas azules, el repartidor.

—Perdón, señora... Aparte un momento, señor.

Este sigilo a la hora de esquivar la fila le ha costado alguna bronca:

—¡No se me cuele, que voy primero!

—¡Oiga, que en estas cajas vienen sus medicamentos!

También hay quien los asalta, como si fueran un tren en una película de vaqueros:

—¡Ahí viene mi medicamento, dámelo, que ya lo he dejado pagado y es mío!

—Suélteme el brazo, señora.

Cuando la cosa se tranquiliza un poco, tu compañera y tú os ponéis a colocar el «primer» pedido. En todas las farmacias del mundo se usa el mismo mecanismo de distribución de funciones:

—Tú pasa y yo coloco.

Esto quiere decir que uno de los miembros del equipo pasa los códigos de barras por el lector —ese es el bip-bip-bip que escucháis de fondo en las farmacias— y el otro coloca los medicamentos en la cajonera como si fuera un Tetris. Este proceso tiene su propia banda sonora, y no es la del videojuego precisamente, se parece más a:

—Mira la fecha de caducidad de este... Este no lo coloques, que está reservado... Este está vendido, hay que pegar el precinto en la receta y dejárselo a fulanito... Este lo subo arriba que aquí ya no cabe... Este hay que devolverlo que lo hemos pedido por error... De este no pidas más, que va a bajar el precio.

Todo esto, por supuesto, mientras atiendes a los pacientes; así que colocar el pedido puede ser una actividad que dura entre quince minutos y cuatro horas, según el tráfico dentro de la farmacia.

Las farmacias solemos recibir varios pedidos a lo largo de la mañana de los distribuidores o cooperativas locales que hacen que tengamos medicamentos en cuestión de horas. Como recién salidos del horno de las pastillas. Pero también recibimos pedidos directamente de laboratorios o de paraf... ¡Ah, mira, qué casualidad: acaba de llegar uno!

Aparece otro repartidor y deja ocho cajas en la puerta de la farmacia. No se sabe si por convenio o por normas de la empresa, pero siempre las dejan en algún lugar que obstaculiza el paso:

—¿Me echáis una firma aquí cuando podáis?

—¡Sí, un momento! —miras al paciente al que estás atendiendo—. ¿Le importa? No tardo nada.

Entre paciente y paciente, te deslizas en cuestión de segundos hasta el lugar con el fin de apartar las cajas y evitar atascos y tropiezos. Esos pedidos se te están acumulando en la rebotica junto a los pedidos diarios que siguen sin colocar.

Los pedidos directos de laboratorios se colocan de forma diferente: tienen menos variedad de productos, pero más cantidad de unidades. Esto significa que hay que contarlos —o «tickarlos»— y asegurarse de que está todo lo pedido.

Así que formas interminables muros con medicamentos en vez de ladrillos para agrupar los que son iguales y facilitar el recuento. Si entras en una rebotica en ese momento, parece la habitación de un niño que juega con Legos.

Por supuesto, también tienen su propia banda sonora:

—De esto solo han venido cuatro... Hay que reclamar esto otro... Ah, no, que venía en otra caja... ¿Has visto el albarán?... Apunta la caducidad que no viene... De esto deja alguno en la cajonera, que ya no quedan.

Una vez contado el material, toca colocarlo en el almacén. Aquí hay que hacer auténticos malabares: intentas poner delante los que tenías y meter los nuevos al fondo —por la caducidad—, intentando no tirar los que ya están colocados. Tened en cuenta que hablamos de, por ejemplo, cincuenta

cajitas pequeñas puestas en una torre. Es como jugar al Jenga. Todo esto mientras lidias con los pacientes y un poco compasivo teléfono, que suena cada dos minutos.

—¿Está el titular o el responsable de compras?...

Soy Conchi, ¿ha llegado ya lo mío?...

Tenemos una oferta para su internet.

Así que echemos un ojo a la situación actual: estás colocando en el almacén y se escucha la voz de nuestra compañera:

—¿Puedes venir, que hay gente?

Sales echando leches —en sentido figurado, no leches infantiles— del almacén, dejando atrás un pedido por colocar y una torre de algocatiles que se caen a tu espalda. «Otra vez a colocarlos —piensas—, maldita gravedad».

Llegas con una ligera taquicardia al mostrador:

—Hola, ¿qué va a ser hoy?

—Pues no sé, mira a ver qué me sale y te voy diciendo.

Esto se traduce en «me vas a sacar veinte cajas y me voy a acabar llevando una, y mañana ya vendré a por otra». Vas a la rebotica intentando no tropezar con ningún pedido y echas mano a la cajonera tratando de no chocar con tu compañera, que está inmersa en batallas similares: procuras coger los medicamentos que están en las cajoneras que no obstaculiza tu compañera. Por desgracia, no para de moverse entre las mismas.

Mientras sacas un medicamento del cajón de abajo, te apartas para que ella coja uno de arriba: si ves la imagen desde lejos, parece que estamos jugando al Twist en vertical: mano derecha a la S, pie a la Z, mano izquierda a la P, y

cuidado con la cabeza, que más de un farmacéutico ha salido a atender a los pacientes con las letras AAB marcadas en la frente.

A la vez que sujetas la cajonera de abajo con el pie y abres otra con la mano, suena el teléfono y tratas de cogerlo con la mano libre:

—Ahora no puedo, lo siento.

Te metes el teléfono en el bolsillo y ocupas su lugar en la mano con los medicamentos que vas sacando.

Llegas al mostrador con las manos llenas de cajitas, el cúter entre los dientes y un golpe del cajonazo que te ha dado tu compañera, intentando que corran mejor suerte que los algotatiles y no acaben por el suelo. Los sueltas como si fueras el camión de una obra y los ordenas «bonito» para que decida cuál quiere y cuál se vuelve a la cajonera con sus amigos:

—De esta no, que tengo cuatro en casa... De esta dame solo una, que me apaño... Esta no, esta no, esta tampoco... ¿De esta solo sale una? ¿Y las de dormir no salen?

—No, es que de las de dormir vienen más comprimidos y tardan más en salir.

—¡Uy, pues si casi no me quedan! Bueno, bueno, volveré cuando se me acaben, pero no sé yo si tengo suficientes.

Ocurre un fenómeno extraño con «lasdedormir», que es que son las primeras que se acaban. Parece ser que se evaporan. Muy raro todo.

Pasas al siguiente paciente, detrás del cual viene un señor trajeado con una maleta de ruedas: éramos pocos y te mandaron a un representante.

El paciente tiene a bien solicitar su medicación plantando un puñado de prospectos sobre el mostrador: mientras los desenvuelves en un ejercicio de paciencia y papiroflexia a partes iguales, le echas un ojo al representante. Te hace un gesto con la mano y te echa una miradita de «ya sé que no tenía cita, pero es que tenemos la mejor promoción de la historia este mes».

Acabas con el señor:

—Tírame tú los prospectos, que no me valen para nada.

Te los guardas en el bolsillo para que le hagan compañía al cúter y al teléfono. Haces un gesto al representante para que pase a la rebotica:

—Venía a enseñaros este nuevo pro...

—Cuidado con el suelo, que está lleno de cajas.

Tu compañera y tú despejáis como buenamente podéis la mesa del ordenador mientras va sacando folios de una carpeta. Y con un poco de suerte alguna muestra para probar. Si vienen pacientes, os vais turnando para atender.

—Os digo las condiciones de compra: si compráis cinco unidades, os bonifico una; si compráis diez, os bonifico tres; pero si compráis ochenta y siete, os bonificamos cincuenta y cuatro y medio y os hacemos la recogida de caducidades gratis en un plazo de doce a veinticuatro meses; pero si vendéis más del 50%, se os hace una rebaja del 30% en el segundo pedido.

Pocas bajas por depresión se cogen las calculadoras de las farmacias para lo que deberían. Echas cuentas de qué te sale mejor, cuántas unidades tienes ya y del espacio que tienes para almacenarlo, y te despides con nervios porque se ha formado cola en la puerta.

—Me ha mandado el médico esto, creo que me lo tenéis que preparar.

—Pásate a final de la mañana, a ver si me da tiempo.

Efectivamente. Es una fórmula magistral: una de esas pó-cimas que hacemos los farmacéuticos en nuestras marmitas secretas.

Cuando ves que se calma la cosa en el mostrador, vas al laboratorio a hacer la formulita. A lo mejor creéis que los laboratorios de las farmacias son como los que salen en las películas: una sala blanca y estéril con cientos de productos perfectamente ordenados. Bueno, pues la cosa es más como... ¿Habéis visto la primera temporada de *Breaking Bad*? Un local pequeño con mesas y papeles troceados, guías de elaboración con manchas y los frascos cada uno por su lado.

Aun así, lo haces: mezclas lo uno con lo otro y con lo de más allá, meneas un poco el potingue —nosotros decimos: agitar la disolución acuosa— y qué bonito es todo. Ni el mejor robot de cocina hace estas *vichysoises*.

Como ya habéis llegado a este punto, habréis intuido que hay gato encerrado. Es todo demasiado fácil. Falta el inseparable... papeleo. Tardas más en hacer el papeleo correspondiente a una fórmula que en hacer la propia fórmula: haces la tasación, los datos del paciente, prospecto, etiqueta, ponerlo en la receta... Una vez terminado, lo dejas en el rincón de «lo pendiente», que es una zona de la farmacia reservada a encargos y a «yavendréaporellas» y ia seguir, que aún no hemos terminado de colocar el último pedido!

Ni lo vamos a terminar de colocar. Al menos por ahora: la señora Conchi entra alegremente a la farmacia esgrimiendo un taco de recetas de una Mutua.

—Os traigo todo esto. Solo tienen puesto el nombre de los medicamentos —dice con los dos tacos—, ya rellenáis vosotros los datos.

Los datos los tienes apuntados en una libreta, pero no te hace falta ni abrirla: después de copiar una vez al mes quince recetas, te sabes su nombre, apellidos, DNI, número de afiliado y fecha de nacimiento. Especialmente la fecha de nacimiento, por aquella vez que se lo preguntaste por primera vez y te bufó un:

—¿Y a ti qué te importa? ¡Esas cosas no se preguntan a una señorita del cincuenta y siete como yo!

Así que rellenas todos esos datos. ¿Es tu trabajo? No. Pero nadie más lo va a hacer.

Le das sus medicamentos y se despide con un «así estáis entretenidos, que hoy os veo con poco trabajo». Te metes en la rebotica con el tochazo de recetas: con suerte acabas pronto y puedes terminar de colocar el pedido.

La paz dura poco en la rebotica: a la cuarta receta rellena se escucha:

—Todo esto os lo dejo por aquí, ¿no?

Ha llegado el pedido de aquella oferta de absorbentes —pañales, para que nos entendamos— que cogiste hace quince días —ni te acordabas ya—. ¿En qué momento se te ocurrió aceptar ese dieciséis más ocho?

Poco a poco oscurece dentro de la farmacia: las veinticuatro cajas que va depositando el repartidor eclipsan

cualquier rastro de luz proveniente del exterior. Esta es la razón por la que nunca veréis a un farmacéutico en un gimnasio —¿o habéis visto a alguien con bata haciendo *crossfit*?—. Entrenamos en la farmacia. Aparte de pesadas, las cajas de pañales ocupan lo suyo: esto supone tener que subirlas al piso de arriba una por una, lo cual es el equivalente a subir veinticuatro pisos cargados con cajas tamaño mudanza.

Entre serie y serie de *cross-farma*, sigues atendiendo pacientes «para descansar». Aparece un señor y te planta cinco tarjetas sanitarias a la orden de:

—Quiero paracetamol, pero no sé en qué tarjeta está.

Después de pasar dos de ellas al ordenador, no le apetece trabajar más y se bloquea.

—Espere un momento, el ordenador se ha parado —te disculpas—, a ver si acaba pronto mi compañera y le atiendo en el otro.

—No pasa nada, no hay prisa —contesta pacientemente. «Qué suerte», piensas impacientemente.

Al final consigues atenderlo: el paracetamol estaba en la tercera tarjeta que has pasado:

—Y ya que estás, me dices qué sale en las otras.

Vuelves a pasar todas las tarjetas y se lo vas diciendo mientras piensas «¿y por qué no me lo ha preguntado desde el principio?». Le das lo suyo y lo de su prima —literalmente— y le despides.

Entra la señora Antonia, corresponsal de guerra en el barrio, que viendo que el campo está despejado, aprovecha para contarte todas las novedades de cuanto suceso haya

acaecido a cualquier habitante del barrio y parientes desde su última visita:

—Pues la Mari se creía que su hijo andaba con la de la pescadera, pero resulta que ahora cree que es una tapadera y que el chico es gay y tiene un amiguito de esos, y la pobre chica no sabe nada... Y qué disgusto porque el Manolo se le fue de casa hará un año con Toñi, la de la peluquería, que le hacía las mechas, que a su vez es la prima del amiguito del hijo y...

—Crónicas barrianas aparte —interrumpes—. ¿Qué venía usted a buscar?

—Ay... pues no me acuerdo... La memoria, que con la edad empieza a fallar.

La señora Antonia prosigue con su crónica del barrio hasta que aparece un nuevo paciente —el que entra por el que sale— y le cede el turno. El José Luis, un señor con un carácter delicado. De los que cuando entran en la farmacia tu compañera y tú os miráis con cara de «esta vez te toca a ti». Te toca a ti:

—¡Vengo del médico y no le he cruzado la cara de milagro!
—grita—. ¡No quiere recetarme lo que yo le digo!

«Faltaría más», piensas.

José Luis es temperamental, cualquier inconveniente o bache que encuentra en la vida desemboca en bronca. Raro es el día que no acabe a gritos contigo en la farmacia. Y ese día no es hoy:

—PERO ¿CÓMO QUE NO ME LO HA ACTUALIZADO SI VENGO DE ALLÍ? —te chilla.

—Pues mire —dices con un tembleque de voz—, le ha renovado la receta, pero no le sale hoy, le sale en una sem...

—PUES LO NECESITO PARA HOY.

—Ya, pero necesito la receta de hoy para dárselo.

—PUES HABLAS TÚ CON EL MÉDICO, QUE ERES EL QUE LA NECESITA: A MÍ DAME MI MEDICAMENTO.

—Mire, de verdad que me gustaría, pero no puedo...

—¡NO PUEDES, NO PUEDES! ¡LO QUE NO QUIERES ES TRABAJAR! —Gesticula violentamente, no sabes si el próximo movimiento de brazo va a acabar en un expositor o en tu cara—. NO VUELVO A ESTA FARMACIA DE INCOMPETENTES.

José Luis siempre acaba volviendo. Después de discutir con medio centro de salud y con todo el que se le cruza en el trayecto, te planta una receta hecha a mano en el mostrador:

—¿Así le vale a su majestad? ¿O tiene que venir firmada por el rey?

Y así, entre una sucesión de pacientes, broncas, burocracia y pedidos, pasan las horas. Miras el reloj. ¿Ya es la hora? Cómo ha pasado la mañana. Toca hacer el pedido para reponer faltas de todo lo dispensado durante el día.

—¿De esto hay que pedir?

—No, que era un encargo y ya está vendido.

—¿Y de esto otro?

—No, que aún nos quedan tres.

—¿Y este encargo?

—Bórralo, que lo he pedido directamente por la web.

Fuera de horario intentas recoger un poco el mostrador para dejarlo presentable, barres y frieg... Ah, no: acaba de entrar un paciente.

—¿Estáis cerrando ya?

—No, pase, que le atiendo.

Le atiendes siendo consciente de que cada minuto que pasa es un minuto menos que tienes para comer y descansar. Aprovechando que seguís abiertos, se mete otra persona en la farmacia. «Hoy no salimos —piensas—. ¿Por qué hay gente que no tiene que hacer nada en toda la mañana y viene siempre a última hora?».

Atiendes a los dos. Te has pasado quince minutos de tu hora de salida. Te quitas la bata, apagas las luces, y mientras baja la trapa, escuchas:

—Uy, ¿estáis cerrando?

—No, señora, es que vamos a jugar al limbo con la puerta.

—¡Qué susto, creía que no llegaba a tiempo!

«No te equivocabas», piensas.

Mientras le vuelves a abrir la trapa te cuenta que el médico le ha mandado unas pastillas que se toman antes de comer y, claro, se ha acordado antes de comer. Así que abres la farmacia, enciendes el ordenador y se las das.

—Bueno, es solo una cosita y luego ya te vas a casa a comer tranquilo.

—A estas horas yo creo que mejor me quedo y hago la fotosíntesis.

Ya puedes quitarte la bata. ¿Cómo es ser farmacéutico por unas horas?